

UN POCO DE HISTORIA

Desde la antigüedad, en el mundo cristiano, el gozoso nacimiento del Mesías se ha plasmado en mosaicos sagrados, vidrieras o retablos de iglesias, cuadros piadosos y miniaturas de códices basándose tanto en las tradiciones orales como en los Evangelios Apócrifos. Dichas imágenes nos evocan su alumbramiento en un humilde pesebre de la ciudad Belén o Nazareth, rodeado de pastores y gentes del pueblo, adonde una estrella fugaz dirigió a los Reyes Magos procedentes de Oriente (cuyas reliquias se dice que reposan en la catedral de Colonia) para entregarle sus ricos presentes de oro (en cuyo preciado metal se atesoraban las riquezas terrenales), incienso (resina aromática procedente de Arabia, que purificaba los templos) y mirra (bálsamo perfumado usado para perfumar los cadáveres). En suma, el oro agasajaba al rey de los hombres; el incienso obsequiaba al Dios que latía en su ser y la mirra simbolizaba la muerte y resurrección que le esperaba al Salvador como destino final.

Aunque parece que la iglesia paleocristiana ya escenificaba este hito religioso en las catacumbas romanas, no será hasta la Nochebuena de 1223 cuando san Francisco de Asís representó un drama litúrgico en una cueva de la Toscana, donde colocó la escena del nacimiento con un pesebre vacío, un buey y una mula para celebrar una misa nocturna.

A partir de entonces, los conventos franciscanos, una Orden mendicante muy cercana al pueblo, catalizarán estos belenes, que se hicieron cada vez más populares, haciendo llevar el mensaje bíblico de la Epifanía a través de figuras de cera pintadas, terracota o madera tallada. A veces se simultaneaban con autos sacramentales y cada vez más fueron frecuentes en conventos de otras Órdenes y en iglesias italianas. Así, en el Renacimiento ya está consolidada esta costumbre en Europa Occidental; paulatinamente surgieron los primeros talleres cerámicos especializados en moldear sus figuras: París (1465), Alcorcón (1471), Londres (1501), Siena (1475), Lisboa (1479)... Así, en 1487, los Reyes Católicos presenciaron un retablo navideño viviente en Zaragoza; y, en 1492, en el palacio de los duques de Alba se escenificaron las églogas de Juan de la Encina que dicen así: "La estrella que los guió, / después que a Belén llegaron, / sobre una casa paró, / y allí desapareció, / y ellos allí se apearon; / como en el portal entraron / lleno de gran resplandor / mucho se maravillaron, / allí la Virgen hallaron / y, en brazos, al Salvador. // En aquel pobre portal / hallaron tan gran riqueza, / a tan gran Rey celestial / y a su Madre virginal, / más limpia que la limpieza. / ¡O tú, divinal grandeza, / que te quisiste vestir / de pobre naturaleza / y venir a tal pobreza / por el mundo redimir!".

En la España de los Austrias, muy vinculada a Italia, paulatinamente se comienzan a colocar nacimientos en los templos, los palacios y las mansiones de los cortesanos. Lope de Vega poseía a su muerte unas figuras en cera del belén y se atribuyen a la escultora sevillana barroca Luisa Roldán de Mena "La Roldana" unas piezas de Belén hechas en barro policromado. En el Siglo de Oro, por las posesiones de los Habsburgo se multiplican dichas representaciones, desde el Colegio de jesuitas de Praga (1562) a otros lugares de Alemania, Austria, Bohemia, Hungría o Polonia. Los virreyes de la aristocracia hispana destinados en Nápoles, Sicilia o Cerdeña y los gobernadores de Milán se mostraron fascinados por la calidad artística de estos belenes, que no dudaron en trasladar a sus palacios españoles.

Sin embargo, será en el siglo XVIII cuando la dinastía borbónica terminará por popularizar los belenes italianos entre todas las capas sociales españolas. Cuando Felipe V viajó a Italia en 1702, recibió como regalo un belén y su doble matrimonio con princesas italianas no hizo sino difundir aún más esta tradición en la Corte madrileña. Así, en abril de 1717, Manuel Manso, ensayador mayor de la Ceca de Sevilla, envía al duque del Infantado dos cajones con figuras de barro del Nacimiento; el primero constaba de una docena de efigies de las que se asegura que "*no e visto cosa mexor en mi vida, ni de tan extraordinarias hechuras que no hay ninguna del genero en que Vuesa Excelencia tiene*"; semanas después se le remitió otro cajón, de varias arrobas de peso, repleto de más figuras y se asegura que vacas y ovejas estaban próximas a terminarse de pintar [OSUNA,CT.341,D.11].

Esta tradición termina por convertirse en una costumbre navideña cuando, en 1760, el reinado de Carlos III, antiguo soberano del reino de las Dos Sicilias, encargo un belén para su hijo el príncipe y lo instaló en el Palacio del Buen Retiro. Se trataba de un belén napolitano monumental con casi seis mil figuras que mezclaba estampas de la Epifanía o trasfondo bíblico (Anunciación del Ángel a la Virgen María; Visitación de María embarazada a su prima Santa Isabel; búsqueda de Posada Belén; Matanza de los Inocentes; Huida a Egipto de la Sagrada Familia; el taller de San José; cortejo y adoración de los Reyes Magos, etc) con otras escenas populares, domésticas o pintorescas. Carlos IV encargó a los escultores José Esteve y José Ginés que reparasen algunas piezas o hicieran otras y en 1845 nada menos que el pintor Vicente López se encargó de plantar el belén real. En 1776 el genial Salzillo recibió el encargo de realizar su célebre belén murciano, con figuras que imitan las modas y costumbres del momento, empleando el barro o la porcelana como materia prima, además de la policromía, el estofado y el uso de telas, mimando hasta el último detalle. Dicha escenografía se montaba el 8 de diciembre (celebración de la Inmaculada Concepción), cuando los reyes felicitaban a los cortesanos las Pascuas, y no se recogía hasta el 2 de febrero (Presentación de Jesús en el Templo y fiesta de la Candelaria).

El Nacimiento que presentamos perteneció a Leonor Pérez Barradas y Fernández de Henestrosa, VI condesa-consorte de Luque, también de estirpe aristocrática (era hija del señor de Sedaví y la marquesa de Peñaflor), y melómana empedernida, está datado entre el legado que deja a su muerte, en 1763, a su hijo Cristóbal Fernández de Córdoba, cuando se describe como "un Nacimiento compuesto de diferentes figuras finas de barro y casas de madera y papelón" [LUQUE,C.749,D.19,f.3r)]. Tasado en 100 ducados, era una de sus alhajas más apreciadas, solo superada en valor por un juego de joyas de diamantes, que deja su sucesor, Cristóbal Fernández de Córdoba, conde de Luque; por su parte, su viudo se quedará con un niño Jesús napolitano, heredado de su padre, el marqués de los Trujillos, al cual encargó una urna nueva y un lujoso vestido de seda [LUQUE,C.749,D.20].

De la minuciosa descripción que transcribimos [LUQUE,C.4,D.75, sf.], donde se encarga la compra de figuras para el belén del marqués de Algarinejo, y de otros documentos que hemos manejado, se induce que en su palacio, radicado en dicha villa granadina, tenía un enorme escaparate de chopo que albergaba las secuencias más importantes de la Epifanía, arrancando desde que Dios arrojó a Adán y Eva del Paraíso, pasando por la Anunciación, la Visitación de Nuestra Señora, la Encarnación, San José en su taller de carpintero, la Matanza de los Inocentes, la Huida de Egipto, el Nacimiento y Circuncisión de Jesús, hasta la Adoración de los pastores y de los Reyes.

Todo ello trufado de pintorescas escenas anacrónicas (enanos y gigantes; esclavos negros tocando instrumentos musicales; alcuiciles con varas, pregonero y escribano; ermitaños en sus cuevas...) y cotidianas (gañanes arando; vaqueros, cabreros y pastores; mujeres amasando y cociendo pan, lavando en el río o haciendo la matanza del cerdo; zapateros remendando, etc.). El encargo insiste en que puede haber figuras ridículas o graciosas, pero ninguna deshonestas. Asimismo, se recuerda que las aves deberían llevar una asilla a la espalda para colgarlas de hilos y parecer que volaban. En definitiva, un primoroso retablo que recordaba los misterios fundamentales del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.